

Claudi Pérez

**Dani Rodrik: “Trump no es solo un riesgo económico;
El economista es la mayor amenaza de nuestro tiempo”**

El País, 21 de marzo de 2026.

Dani Rodrik, profesor de la Universidad de Harvard cree que España es “una inspiración desde el punto de vista democrático” por su combinación de crecimiento, acogida de inmigrantes y su firmeza en la defensa de la paz.

Dani Rodrik es una rareza: es un gran economista dotado con un colmillo político muy afilado. No habla solamente de economía; ni siquiera principalmente de economía a poco que se le dé carrete. No rehúye una sola polémica, ni siquiera con su propio oficio. Es dueño de un apetito voraz por meterse de lleno en el debate público. Y tiene habilidad para dar en el blanco: se anticipó a uno de los desafíos de estos tiempos, y ya al inicio de la Gran Crisis advirtió de los riesgos de la globalización excesiva, se preguntó si esa combinación malsana de adoración por el libre comercio desregulado y macrocefalia del sistema financiero iba a debilitar la democracia. Acertó: ahora mismo estamos en plena recesión democrática. Su tesis es que la variedad de capitalismo que se ha impuesto genera una desigualdad rampante; esa desigualdad ha acabado trayendo malestar en todo el mundo, y ese cabreo se traduce en la marea del populismo de ultraderecha. La altura máxima de esa ola airada es Donald Trump. “Lo fundamental de Trump no son los riesgos económicos: mi presidente es la mayor amenaza de nuestro tiempo”, afirma rotundo en esta conversación con EL PAÍS después de dar esta semana una charla en unas jornadas organizadas por la Compañía Española de Seguros de Crédito a la Exportación (Cesce).

Rodrik (Estambul, 69 años) se convirtió en una celebridad hace un par de décadas con su famoso trilema: no podemos perseguir simultáneamente democracia, soberanía nacional e hiperglobalización. En su último libro renueva esa tríada y asegura que hay que elegir entre combatir el cambio climático, reforzar a las clases medias y reducir la pobreza y la desigualdad global. Procedente de una familia sefardí que emigró de España en el siglo XV, Rodrik deja en un requiebro final una defensa cerrada de la política exterior del Gobierno español: “Sánchez ha hablado claro y Europa debería ir por ese mismo camino, y no por una sumisión con Trump que no tiene ningún sentido”.

Pregunta. Ucrania, Gaza, Irán. ¿Cuáles son las consecuencias económicas de esta escalada bélica, de la geopolítica de los líderes autoritarios, de los populistas como Trump?

Respuesta. La geopolítica ha noqueado a la economía como principio rector de las relaciones internacionales: la geopolítica es ahora mismo la variable prioritaria cuando hablamos de economía, y cuando hablamos de casi cualquier cosa. El principal riesgo para la economía global no es la inflación, no son los déficit públicos de EE UU, el declive del dólar, la posible burbuja en la IA o cualquier asunto que proceda del propio sistema económico: es que sigan cayendo bombas. El resto de riesgos palidecen comparados con ese, así que

en estos momentos los economistas tenemos poco que decir frente a los analistas de inteligencia y de defensa. Estamos en medio de una transición hacia un mundo multipolar, en el que las potencias medianas van a desempeñar un papel fundamental. Y no sé si nos damos cuenta de la revolución que eso supone.

P. Los Canadá, Brasil, India, [Alemania. ¿España?](#)

R. Todos esos países tienen ya una voz nítida. Y en especial creo que las potencias medias europeas, como Alemania y sí, España, tienen una enorme responsabilidad: Europa es una especie de modelo de referencia para el mundo. Para empezar, sigue siendo democrática. Y además tiene un modelo social que es la envidia de muchas sociedades. La UE tiene que entender que Estados Unidos ya no es un aliado fiable: Trump es el principal riesgo, la primera fuente de incertidumbre e inestabilidad en el mundo. Y el trumpismo obliga a invertir la lógica del proyecto europeo: la idea siempre fue ir de la integración económica y monetaria hacia la unión política, pero ahora Europa necesita unidad política al menos en términos de política exterior común, de política de defensa común. Necesita autonomía estratégica, que es otra manera de decir que tiene que hacerse mayor de una vez.

P. Bruselas ha optado por la política [del apaciguamiento ante Trump.](#)

R. Eso es una completa equivocación.

P. ¿Qué aconsejaría?

R. Me parece un acierto la postura del presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, que se ha pronunciado con tanta claridad, con esa contundencia sobre Gaza, sobre Irán y sobre Trump. Es un ejemplo para Europa. Ojalá la UE hubiera sido igual de lúcida, en lugar de meterse en esa carrera por satisfacer a Trump. Esa sumisión a Trump no tiene ningún sentido.

P. El vasallaje feliz de Rutte, de Von der Leyen, de algunas cancillerías.

R. Con Trump no puede hacerse un análisis de riesgos al uso: es impredecible. Pensar que esa táctica del apaciguamiento puede funcionar es desconocer la psicología del personaje: cuando obtenga algo querrá lo siguiente. Los antiguos griegos creían que los dioses eran caprichosos: les diría a los europeos que esa es la manera de mirar hacia el trumpismo, hacia un líder voluble y excesivo. Es inútil pensar que dándole lo que quiere se va a calmar. Europa debería definir con claridad sus objetivos, sus intereses, siempre desde sus valores. Eso es exactamente lo que ha hecho España: plantarse ante las agresiones de Trump.

P. ¿Cuáles son las [consecuencias económicas de Trump?](#)

R. Francamente, creo que lo de menos son las consecuencias económicas, aunque ya las estamos sufriendo. Trump no es solo un riesgo económico de primera magnitud: es sobre todo la mayor amenaza de nuestro tiempo. Me

preocupa más que con tantos fuegos artificiales no aprendamos la lección que nos ofrece la disolución del modelo de hiperglobalización de las últimas décadas, del que Trump es apenas un síntoma, no la causa. Trump puede causar inmensos daños porque es el comandante en jefe del mayor ejército del mundo; es tan impredecible que en cualquier momento puede provocar el caos. Lo estamos viendo en Irán. Su capacidad para sembrar el caos en el terreno geopolítico es brutal. En cambio, su capacidad para sembrar el caos económico es más limitada; y sus efectos serán pasajeros: no creo que deje cicatrices permanentes en la economía. Sí puede causarlas en la geopolítica global, con el riesgo de un conflicto bélico a gran escala, y en la política estadounidense.

P. Los mercados le han parado ya los pies en alguna ocasión. Y los contrapoderes: el Supremo le ha quitado el juguete de los aranceles, pero no se sabe qué es peor: ha agarrado el lanzallamas en Oriente Próximo.

R. Eso es exactamente así. Por eso creo que Europa debe plantearse su posición en un mundo en el que ya no puede confiar en EE UU para su seguridad.

P. Von der Leyen decía hace unos días que el viejo orden global ha desaparecido. Luego se retractó.

R. Su error fue no ofrecer un proyecto alternativo. El orden global está saltando por los aires. Si tenemos suerte crearemos un nuevo orden basado en dos ejes. Por un lado una renacionalización, como alternativa a la hiperglobalización, con mayor protagonismo de la acción nacional (o regional, en el caso europeo), que no tiene por qué ser mala; la hiperglobalización fue desastrosa. Y un segundo eje basado en nuestra capacidad para crear empleo de calidad, que requiere innovación tecnológica y, tanto en Europa como en Estados Unidos, poner el foco en el sector servicios y hacer que Estados y empresas vayan de la mano para crear las condiciones necesarias. La nostalgia del viejo orden global basado en reglas es absurda: ni era orden, ni era de verdad global, ni las reglas estaban tan claras ni funcionaban tan bien.

P. Usted defiende que tanto Estados Unidos como Europa se han obsesionado [con las políticas industriales](#).

R. Las políticas industriales tienen sentido en sectores como la seguridad nacional y la innovación: no estoy diciendo que los europeos y los estadounidenses no apoyen a sus industrias. Lo que creo es que hay otro frente que Bruselas y Washington están desatendiendo y que les puede proporcionar grandes beneficios, en los servicios, donde pueden crear empleos de calidad. EE UU es el [país más innovador del mundo](#): Silicon Valley es la envidia de todo el planeta, incluida Europa. Pero tanto su sistema económico como su sistema político son fallidos: el país ha fracasado estrepitosamente porque unos pocos se han apropiado de todos los beneficios de la innovación y eso deja un sistema político, económico y social disfuncional. Si la población se siente excluida, si la desigualdad es excesiva, el malestar se extiende y las sociedades acaban votando a demagogos.

P. Pero me temo que eso no es exclusivo de EE UU, ¿no es así?

R. La desigualdad es un desafío mayúsculo. Se traduce en la falta de oportunidades económicas, en la desaparición de buenos empleos, en regiones enteras que se quedan atrás. Por eso digo que está muy bien acometer políticas industriales, pero la innovación y la productividad no lo son todo. Hay que corregir los excesos del modelo económico. Hay que redistribuir y crear empleos de calidad, por eso insisto tanto en los servicios. Paradójicamente, toda mi carrera se sustenta en el énfasis en las políticas industriales, en la productividad y en la innovación, pero eso no sirve de nada si se logra a costa de un fracaso estrepitoso en el modelo político y social. Puede que Europa no presente las cifras de productividad e innovación de EE UU, pero tiene un modelo social que le da más estabilidad.

P. También aquí hay media docena de populistas en el Consejo Europeo. Salimos de la Gran Recesión con una combinación tóxica de medidas de austeridad, políticas monetarias heterodoxas que han traído inflación y desigualdad, y rescates públicos multimillonarios para el sistema financiero.

R. Aun así hay una diferencia de nivel: cuando un sistema produce una presidencia como la de Trump es que algo se ha estropeado. Europa tiene más clases medias y menos desigualdad que Estados Unidos. Y sí, hay un incremento palpable de la inseguridad y la ansiedad económica entre las clases medias y bajas, combinada con una precarización en el mercado laboral. La combinación de austeridad con los efectos nocivos del sistema de globalización que estamos dejando atrás han sido el caldo de cultivo en el que han emergido los populismos, en un continente que los sufrió mucho hace 100 años. Pero Estados Unidos ha ido aún más lejos: ha llegado hasta Trump. En parte porque un sistema presidencialista como el de mi país facilita esas dinámicas. En los sistemas políticos europeos, por la necesidad de forjar coaliciones, es más difícil que se den esos hiperliderazgos fuertes de raíz populista, tan peligrosos. Pero el riesgo también es evidente en Europa: de ahí que defienda que el acento se ponga en la creación de empleos de calidad en el sector servicios. Eso no está en la agenda europea. Bruselas se ha centrado en el pacto verde, en la revolución digital, en la IA. Con una política industrial a la defensiva, para no perder más peso en la producción de manufacturas. La UE debería hacer una transición intelectual con esa mirada en el largo plazo.

P. ¿Qué papel va a jugar China en medio de la lucha por la hegemonía mundial, y que a la vez presiona a Europa con su exceso de capacidad productiva?

R. En el nuevo orden en el que nos adentramos, China también tiene que asumir responsabilidades. Ese superávit comercial tan abultado genera desequilibrios globales. No me gusta el énfasis europeo y trumpista en el exceso de capacidad de los chinos, porque los bajos precios han sido una bendición en sectores como las energías renovables. Entiendo la preocupación de Europa por los cuellos de botella en las cadenas de suministro, como hemos visto con las tierras raras o los semiconductores. Pero el proteccionismo puede ofrecer solamente un escudo temporal. Europa hace bien protegiéndose, pero

tiene que centrarse en las áreas en las que pueda crear más empleos de calidad. Y esas áreas, repito, se encuentran básicamente en el sector servicios.

P. Ben Bernanke y Mervyn King, tras la Gran Recesión, admitieron el fracaso de las ideas económicas preponderantes en los últimos tiempos. Usted fue aún más lejos y dijo en un libro que los economistas son “los idiotas sabios de las ciencias sociales”. ¿Han aprendido algo los economistas de los últimos castañazos?

R. Creo que el estado de la profesión es hoy mucho más saludable que hace 10, 20 años. Hubo una época en la que los críticos de la hiperglobalización, quienes señalábamos el empacho de adoctrinamiento relacionado con los mercados eficientes y las expectativas racionales de Eugene Fama y Bob Lucas, éramos acusados de rebeldes o de renegados. El problema que veo a día de hoy no son los economistas y su proverbial adoración por los mercados supuestamente perfectos: son los líderes políticos y su tendencia al populismo. Ese es el peligro.

P. ¿Cómo ve España en todo ese marasmo? La economía española crece cerca del 3%, el doble que la media europea. El empleo está en máximos, apoyado por la migración y los bajos costes energéticos. A la vez el Gobierno tiene una mayoría frágil, pero se las ha arreglado para presentar un discurso de política exterior bien armado.

R. España es hoy una inspiración desde el punto de vista puramente democrático, con esa combinación de crecimiento, políticas a favor de la migración y una posición tan rotunda sobre Gaza, sobre Irán, sobre Trump. Creo que es más criticable su papel con respecto a Ucrania: debería ser más solidaria en el frente estratégico contra Rusia, Europa se juega mucho en esa guerra. En lo económico, la capacidad de absorción de migrantes es espectacular, pero creo que la economía española debe hacer más para mejorar sus métricas de productividad. Y sobre las críticas a Trump repito que en mi opinión está en el lado correcto de la historia: ojalá otros se sumen a la posición de Sánchez.